



á ocupar y reforzar todos los puntos de la línea. Grande irritación causó en el país la conducta de Peña. En las Cortés se suscitaron largos y animados debates, que dieron por resultado prescribir á la regencia la averiguación detenida é imparcial de los sucesos. Pero al mismo tiempo, juzgando que lo patente de varios hechos excusaba, para el premio, de esperar el fallo de la junta nombrada de generales, declararon quedar satisfechas «de la conducta militar de la oficialidad y tropa del 4.º ejército,» dieron en particular gracias á los aliados, y en sesión secreta, para que no se entendiese que no prejuzgaban la cuestión de Peña, agradecieron á Graham con la grandeza de España bajo el título de «duque del Cerro de la Cabeza del Puerco.» Manifestóse el inglés dispuesto á aceptarla, pero despues la rehusó ó por no lastimar á su general en jefe Wellington, que no la habia obtenido aún, ó lo que es más probable en su carácter arrebatado, por resentimiento del proceder de la regencia. La junta de generales informó más tarde «no resultar hecho alguno por el que se pudiese proceder contra el general D. Manuel de la Peña,» y fundada en esta simple declaracion de no culpabilidad lo premió más adelante la regencia con la cruz de Carlos III, manifestando al mismo tiempo que «así él como los demas generales y tropa se habian portado dignamente.» Las Cortés, contradiciéndose en algun modo, tambien dijeron quedar satisfechas de su conducta. La verdad es que Peña alteró el plan acordado, alteracion que pudo ser funestísima para todo el ejército en un caso de desgracia por la detencion del oficial enviado á noticiarla, con la que debió contar; que el camino de Vejer no permitia la salvacion del ejército si el enemigo cargaba allí con sus fuerzas; que siguiendo á Medina Sidonia, la operacion de Zayas, ejecutada felizmente, hubiera producido los resultados prometidos, atacar la línea enemiga por la espalda y en distintos puntos; por último, que no acudió pronto ni tarde á socorrer á Graham cuando su derrota hubiera traído la destruccion completa indudable de todo el ejército. La falta de aviso no disculpa tan punible indolencia.

El fallo y las declaraciones no embotaron el encono de los dos generales, antes lo exacerbaron, haciéndose al cabo necesario renunciar á los buenos servicios de ambos, reemplazando á Graham con Cook y á Peña con Compigny, el compañero de Reding en Bailén, enviado despues á Cataluña. Vino, pues, la isla Gaditana á quedar como se hallaba antes de la expedicion, llevando ya trece meses de sitio, y reanimado el encono que se habia producido entre las tropas inglesas y las españolas á consecuencia de la vergonzosa excursion de de Moore y de la infructuosa victoria de Talavera.

El término de expedicion tan estéril como gloriosa para las armas inglesas, fué, como en venganza, la repetición del bombardeo de Cádiz, ya ensayado á mediados de Diciembre. Como la distancia era tan considerable (tres mil toesas) tenian los franceses que rellenar de plomo las bombas dejándoles poca pólvora, y de esta suerte lanzadas, apenas lograron hacer caer algunas en la plaza de San Juan de Dios y sus inmediaciones desde una batería levantada junto al Trocadero.

A pesar del éxito malaventurado de la expedicion, la regencia, con objeto de llamar la atencion de los que sitiaban á la sazón á Badajoz (ignoraba que hubiese ya sucumbido), ideó efectuar otra al condado de Niebla, poniéndola á las órdenes de Zayas, de acuerdo con Ballesteros. Partió con poco más de cinco mil hombres el 18 de Marzo, y tomando tierra al dia siguiente en las cercanías de Huelva, logró en los primeros momentos arrojar al enemigo de Moguer; pero volviendo éste luego en mayor fuerza, se vió precisado á fines del mismo mes á retirarse á Cádiz, sin haber conseguido, como en la anterior expedicion de Lacy, más que inquietar ligeramente á los contrarios.

Pudo fácilmente perecer en la travesía toda la expedicion por el temporal que sobrevino en la noche del 27 al 28, tan furioso en Cádiz que quedó destrozada casi toda la marina mercante anclada en el puerto, ahogándose más de trescientas personas.

Además de la expedicion envió la regencia con el mismo objeto al general Castaños á po-



nerse al frente del 5.º ejército, tan desdichadamente regido por Mendizabal en las afueras de Badajoz. El ex-regente reunió sus reliquias en dos cueros, que puso á las órdenes de los jefes que mejor se habian conducido, Morillo y España, dando el mando de la caballería al conde Pene Villemur. Con ellos ocupó á Alburquerque y Valencia de Alcántara, desamparadas por los franceses, como Campomayor, á consecuencia de la aparición de Beresford, destacado por Wellington de ayuda de Extremadura con dos divisiones inglesas en infantería, otra portuguesa, una brigada de caballería y la artillería correspondiente.

Con él se puso de acuerdo Castaños para recuperar á Olivenza. No habiendo cedido el gobernador á la intimacion que se le hizo en 9 de Abril, Beresford lo puso en riguroso asedio con cañones que pidió á Yelves y le obligó á rendirse el 15, abierta brecha. Latour-Maubourg, que tenia el mando en jefe del ejército francés en ausencia de Mortier, no pudo evitarlo, habiéndose retirado á Llerena por la inferioridad de sus fuerzas. Cargando en seguida sobre él las aliadas, aun tuvo que trasponer la sierra y situarse en Guadalcanal, dispuesto á refugiarse en Andalucía si era perseguido.

No lo fué por la presentacion de Wellington en aquellas partes con la mira de reconquistar á Badajoz, sobre la cual hizo el 22 un reconocimiento. Resultando que podría exigir más dias de los que él, en sus sabios cálculos de aquella célebre campaña, podría emplear, encomendó la empresa á Beresford y él se restituyó á sus reales en las márgenes del Coa á terminar la expulsion del ejército de Massena. Para éste y sus demas planes creia necesario reunir el mando supremo de las provincias españolas limitrofes á Portugal; gestion que hizo en su nombre á la regencia su hermano el ministro representante de su nacion, en Marzo. Desagradó á ésta la pretension, y la trasmitió á las Cortés en sesión extraordinaria, declarando individualmente sus tres miembros en virtud de varias razones que expuso Blake, que antes dejaria su puesto que consentir tal ultraje al honor nacional. Aplaudieron las Cortés, como lo hará siempre todo cuerpo colectivo

popular, su patriotismo y firmeza, y sancionaron su negativa. «Los tres regentes, dice Toreno, varones entendidos y purísimos, adolecieron en esta ocasion de humana fragilidad: Blake, irlandés de origen y marinos Agar y Ciscar, resintieron, el uno de las preocupaciones de familia, los otros dos de las de la profesion.» Como quiera que haya sido y aparte de la inoportunidad con que se hizo la solicitud, los Cortés obraron prudentemente negándose á tal concesion, que hubiera significado en sus lábios el reconocimiento de una inferioridad y dependencia que jamás debe hacer la representacion de un pueblo. Provechosa sin duda bajo el aspecto militar, considerada políticamente, hubiera traído consecuencias deshonrosas y perjudiciales.

Cuando Wellington regresó á sus reales encontró á Massena disponiéndose á socorrer la plaza de Almeida, que habia dejado cercada. Tenia reunidos los restos de los cuerpos 2.º, 6.º, 8.º y 9.º, que formaban un conjunto de cuarenta mil peones y más de cinco mil caballos. La fuerza del inglés era sólo de unos treinta y cinco mil hombres, mil quinientos de caballería, con cuarenta y tres cañones, á los cuales estableció entre el Turones y el Dos-Casas en un espacio de dos leguas, colocando la 6.ª division como centro frente á la Alameda, la 5.ª como izquierda junto al fuerte de la Concepcion, y la derecha en Fuentes de Oñoro formada por la 1.ª, 3.ª y 7.ª, teniendo cerca la caballería, y no muy distante, en Navavel, el cuerpo franco de D. Julian Sanchez como puesto avanzado para proteger los cuerpos del campo de batalla.

Esperábase una gran batalla, porque, al parecer, Wellington estaba dispuesto á variar de sistema, es decir, á emplear ya los hechos de armas en vez de los movimientos que le habian dado hasta ahora tan gran resultado á tan poca costa. Combates reñidos se trabaron en efecto los dias 3 y 4 de Mayo, particularmente sobre Fuentes de Oñoro, queriendo ambas huestes apoderarse de este pueblo, que está asentado en la hondonada por donde corre el Dos-Casas, á su izquierda. Mas no sirvieron sino para demostrar el valor de los cuerpos que en ellos





tomaron parte, por cuanto, despues de haber perdido los aliados cuatro mil quinientos hombres, prisioneros los dos tercios, y los franceses algunos más, se retiraron ambos ejércitos, primero el de Massena (del 8 al 10) sin haberse apoderado de aquel pueblo, con honra, pero sin laureles.

Las resultas, sin embargo, fueron en ventaja de Wellington, porque, no habiendo podido su contrario amparar ni avituallar á Almeida, tuvo que mandarla evacuar. Para lograrlo sin menoscabo su gobernador, que era el brioso general Brennier, hizo minas en las fortificaciones y las voló al arrojarse fuera de la plaza sobre los que en doble línea trataban de cerrarle el paso. Aunque le siguieron, llegó felizmente á Barba de Puerco, donde se hallaba Reynier con sus fuerzas.

Se dice que trabajaron con poco empeño los generales franceses, por rivalidades unos y sabiendo otros que estaban para ser separados del mando. Junot y Loison lo fueron en efecto muy luego, y el mismo Massena, el «hijo predilecto de la victoria,» en cuya capacidad, valor y fortuna tanto había confiado Napoleon, se vió reemplazado por el duque de Ragusa, Marmont.

Este replegó al pronto sus fuerzas sobre el Tormes, teniendo que marchar á Extremadura Drouet con los diez ú once mil hombres que le quedaban del 9.º cuerpo. Tras ellos partió Wellington, ambos llamados por los sucesos que se preparaban con motivo del asedio de Badajoz.

Acometió esta plaza Beresford el 4 de Mayo con cinco mil hombres de su ejército y la division de Carlos de España, y completó su cerco el 8, muy animoso á causa de las fuerzas que concurrían á sostenerle. Se hallaban ya allí la pequeña division de Castaños y la más poderosa de Ballesteros, y condujo otra desde Cádiz por el condado de Niebla el regente Blake, autorizado al efecto por las Cortes, estando prohibido á ningun miembro del poder ejecutivo el mandar fuerza armada. Las dos últimas, reunidas en Fregenal y Monasterio, formaban un total de doce mil hombres con doce piezas de artillería.

Por su parte Soult, disipados los temores

que le causara la expedicion de la Barrosa, determinó ir en socorro de la importante plaza de Extremadura, dejando reforzadas las líneas de la isla Gaditana. Partió de Sevilla el 10 de Mayo con fuerzas respetables que aumentó en el camino, contando el 14 en Villafranca veinte mil infantes y unos cinco mil jinetes con cuarenta cañones.

A su aproximacion Beresford, que habia adelantado poco en el asedio por la insuficiencia de medios y la falta de práctica de sus ingenieros, lo levantó, y llamó á consejo á los generales españoles en Valverde de Leganés. Lo que allí acordaron fué la memorable batalla de la Albuera, á que concurrieron las cuatro naciones que estaban en guerra: ingleses, españoles, portugueses y franceses. Beresford iba á dirigirla en virtud del convenio caballerosamente ajustado entre Wellington y Castaños: habiendo dicho aquél en una memoria que desempeñaría el mando en jefe el general de mayor antigüedad y graduacion, en cuyo caso corresponderia al español, éste alteró el artículo poniendo que lo tomaria sobre el campo el que concurriese con mayores fuerzas. De los treinta y un mil hombres que reunian todos los generales, sólo quince mil eran españoles.

El sitio de la Albuera fué elegido discretamente para librar la batalla al mariscal francés, no sólo por ser el nudo de los caminos de Andalucía, Madrid y Portugal, sino atendiendo al éxito que pudieran dar la fortuna de las armas. Si era contraria á los aliados, tenían segura retirada por el camino de Valverde para ir á ponerse bajo el amparo de Wellington, ó por el de Talavera hallando aquel cortado, ó en la sierra; mientras que los franceses, si salían derrotados, no les quedaba más escape que el de Santa Marta de rechazo para las Andalucías, cuya entrada podia cerrarle algun cuerpo apostado en Sierramorena. Por su parte Soult tenía el pensamiento atrevido, pero difícil y arriesgado, de arrinconar á los aliados contra el Guadiana y Badajoz.

Topográficamente considerado, tenía el terreno y la posicion que se ocupó ventajas é inconvenientes que se neutralizaban. La Albuera, lugar entonces de unos cincuenta vecinos,



está situado al pié de una de las lomas de suave declive que se extienden entre el riachuelo que lleva su nombre, constituido poco antes de llegar á él por las riberas Nogalse y Chica-pierna, y el arroyo Valdesevilla, á la márgen izquierda de aquel, sobre el cual tiene dos puentes; pero los tres cursos son fáciles de atravesar por cualquier punto, excepto la artillería que necesita escoger los más sólidos. El terreno, en general es llano, despejado por la derecha del Nogales y su continuacion el Albuera, y sólo por la izquierda está cubierto de carrascal.

Era el amanecer del día 16 cuando todas las fuerzas aliadas marchaban animosas bajo un cielo encapotado á tomar posicion en las lomas paralelamente al rio, dando frente al camino de Santa Marta por donde se esperaba que acometeria el enemigo. Pero Soult, anunciándose efectivamente por aquella parte, dirigió el grueso de sus fuerzas por la izquierda contra la derecha de la línea formada. Fué preciso cambiar rápidamente el orden de batalla establecido, operacion arriesgada en presencia del enemigo, que se ejecutó con bastante serenidad y precision. Quedaron así frustradas las mejoras esperanzas del mariscal, que habia confiado en coger de sorpresa por flanco ó retaguardia á favor de los carrascales á nuestro ejército. Pero, no siendo ya posible el retroceder, partieron las primeras columnas conducidas por el intrépido Girard contra la extremidad derecha de la línea, ocupada por los españoles. Zayas, militar entendido, pundonoroso y valiente, es quien se adelanta á contener su impetuoso ataque; acuden presurosos á sostenerle Lardizabal y Ballesteros, y se empeña un encarnizado combate en que las descargas de fusilería y artillería se hacen á tiro de pistola. No arrollados los españoles en este primer empuje, su constancia les da el triunfo, quedando así puesto el cimientó de la victoria. En vano, ansiosos de vengar la afrenta, vuelven al combate nuevas columnas sin detenerse por el copioso aguacero que en estos momentos se desprende de un cielo anubarrado. Nuestros mermados batallones, reforzados por la brigada inglesa de Stewart, vuelven tambien á desplegar el mismo

ó mayor ardimiento, pues viendo prisioneros de la caballería de Latour-Maubourg á unos ochocientos hombres de la brigada Colbourne, se arrojaron sobre ella nuestros ginetes, y los libertaron, dejando tendidos en el campo á casi todos los famosos lanceros del Vístula. Peleando al mismo tiempo con igual valor en las demas partes, todas las columnas enemigas retroceden despedazadas á su línea. Hubo entonces unos treinta ó cuarenta lanceros polacos que, desplegando un valor dementado, tal vez despechados por este segundo revés ó con objeto de introducir el desorden en nuestras filas, se destacaron solos de las contrarias á escape, quebraron la primera línea y se desparramaron á un lado y otro á toda brida haciendo fuego. Al pronto consiguieron que algunos batallones ingleses de la segunda línea, creyendo rota la delantera, disparasen sobre ellos varias descargas, que iban á herir tambien á sus aliados. Los españoles les sacaron de su error volviendo frente á retaguardia y conservándose serenos, y en breve perecieron todos los polacos, exceptuando el oficial, que quedó prisionero. Desesperado Soult de una firmeza que ponía en peligro su grande nombradía, manda desplegar sus reservas para recoger los fugitivos, forma nuevas columnas, y estimulando el pundonor de aquellos veteranos, los lanza por tercera vez al combate. Se trabó en medio de un crudo temporal de aguas y vientos, que en nada templó el ardor de la pelea. Al cabo de dos horas de recio batallar, queriendo Soult ponerle término manda colocar en línea el resto de sus fuerzas disponibles, y las hace avanzar en columnas paralelas confiando en el efecto de esta manobra tanto como en su desesperacion. Pero los aliados, conociendo asimismo que este movimiento decide la victoria, se adelantan á su encuentro á emprender á quema ropa tan nutrido fuego, que el soldado francés, abatido su espíritu con los anteriores descalabros, tarda poco en ponerse en precipitada fuga buscando su salvacion tras las reservas. Así terminó la accion por aquella parte. Entretanto se habia peado con igual encarnecimiento en la márgen del Albuera, y sobre todo este pueblo, defendido por la brigada del bravo general Alten con el





auxilio de los bizarros batallones portugueses que mandaba Hamilton. Godinot, despues de varias acometidas inútiles para forzar aquel importante paso, hace un último esfuerzo por ver si puede reparar allí lo que pierden sus compañeros en el extremo de la línea, pero se afana en balde. Altea, oportunamente socorrido, lo rechaza contra el grueso de su ejército, y á las once de la mañana nada resistia ya á las armas coligadas en aquel teatro sangriento. Aún permanecieron los vencidos el resto de día al otro lado de los arroyos, bajo el amparo de su gran reserva, que no habia entrado en acción; mas al amanecer del siguiente levantaron con sigilo el campo, y emprendieron presurosamente la retirada á Llerena, donde se pararon viendo que, despues de una recia acometida, que les diera la caballería coligada al mando de Lumley, no eran perseguidos.

Tal fué la batalla de la Albuera, la más empeñada y sangrienta de aquella gloriosa lucha. La mandó en jefe Beresford en virtud del convenio antes citado. Si no se supiera que todo el fuego se hizo á tiro de pistola y sobre masas compactas, no se creeria el número de doce mil hombres que de ambas líneas perecieron en las tres horas que duró lo más furioso de la pelea. Los franceses dejaron en el campo seis mil, entre ellos los generales Werle y Pepin, saliendo heridos Marasin, Gazan y Bruye: de los españoles quedaron fuera de combate mil trescientos sesenta, y entre los heridos el brigadier España; y del ejército anglo-lusitano sucumbieron más de cuatro mil, su mayor parte en la impetuosa carga de caballería de Latour-Maubourg, figurando entre ellos los generales Houghton y Myers, ménos afortunados que Stewart y Cole, sólo heridos.

La noticia de tan señalada victoria llenó de contento y de esperanzas á las naciones coligadas. El parlamento inglés tributó en una declaración un homenaje público y solemne al «distinguido valor é intrepidez» del ejército español: nuestras Cortes hicieron igual declaración respecto á los aliados, y además decretaron que las tropas nacionales habian merecido bien de la patria, y que, para perpetuar la memoria de tan glorioso hecho, se erigiria, concluida la

guerra, un monumento en el lugar de la batalla.

Seguramente la preza que en ella alcanzaron las armas coligadas fué brillante, y es de admirar que tropas heterogéneas, sin espíritu de cuerpo y sin esa confianza que da el trato, se conformasen tan heroicamente. Pero las consecuencias no correspondieron en verdad á la sangre derramada; pudiendo decirse que se redujeron á la mayor amistad y aprecio que desde aquel día existió entre ambos ejércitos, mal avenidos hasta entonces. Se esperaba generalmente que á la victoria seguiria la persecución de los vencidos, y que sobre la marcha seria levantado el sitio de Cádiz; esperanza no desatinada de que participaban los mismos generales del ejército aliado, ménos el duque de Wellington. Este, llegando el 19 á las márgenes del Guadiana con las dos divisiones con que habia salido de las de Coa, trastornó las combinaciones que ya se trazaban para no pensar más que en el asedio de Badajoz, cuya plaza no quiso dejar á su espalda en poder del enemigo.

El 25 quedó nuevamente cercada por ambas orillas del Guadiana, y pocos días despues era cañoneado el fuerte de San Cristóbal. Cuando lo juzgaron bastante apertillado le dieron dos acometidas, que fueron fácilmente rechazadas porque la brecha no estaba practicable (1 y 2 de Junio). No siendo posible repetir las por falta de los pertrechos necesarios, y sobre todo porque avanzaban en socorro de los sitiados tres cuerpos respetables, los de Soult, Drouet y Marmont, Wellington mandó levantar el sitio, y trasponiendo el rio, trasladó sus tropas á Yelves y Campomayor, adonde vinieron á juntarse las fuerzas que habia dejado en el Norte del reino. Los franceses no se atrevieron á acometerlo.

Blake, soportando mal la supremacía del general inglés, y disgustado de la ligereza con que, sin elementos suficientes, habia intentado el sitio, le propuso una expedición atrevida é importantísima con grandes apariencias de haccedera: una escursión al condado de Niebla con objeto de caer de sorpresa sobre Sevilla, escasa entonces de defensa.

Aprobóse la expedición, y al punto se puso en



marcha por dentro de Portugal con la division expedicionaria, las de Ballesteros y Giron con la caballería de Villemur para ir á cruzar el Guadiana por Mértola. Pero cuando más la diligencia le importaba, se paró á batir la villa de Niebla sin tener cañones ni escaleras, perdiendo la ocasion de acometer á Sevilla y dando lugar á que Soult, bajando allá presuroso, le obligase á repasar el Guadiana en Alcutin (6 de Julio). Así el único fruto de la halagüena expedición de Blake fué el aliviar á Extremadura de enemigos.

Marmont, que quedó guardando la márgen derecha de aquel rio, fatigado de sufrir las bruscas acometidas de los partidarios, principalmente las de Morillo, y viendo que para subsistir en el país tenia que recibir los víveres de Madrid por haber quedado devastado con la permanencia de tantas tropas, determinó retroceder hasta el Tajo y establecerse en Almaraz y Plasencia (20 de Julio), habiendo antes fortificado el castillo de Medellin y apartado la division de Foy en Trujillo como pueblos avanzados de sus posiciones.

En vista de este movimiento, Wellington, dejando una division en las fronteras de Badajoz para cubrir el Alem-Tejo, se trasladó con el resto de su ejército á la parte de Castelo-Branco dando frente á la nueva posición del mariscal francés. Castaños con su pequeña division fué tambien á situarse en Valencia de Arcántara, dispuesto á pasar á Portugal si se veia comprometido.

De esta manera volvieron á quedar los ejércitos casi en las mismas posiciones que tenian antes de emprender la campaña de Extremadura, poco lisonjera para España, pues la gloriosa campaña de Albuera no pudo compensarle la pérdida de Badajoz. Verdad es que, si en ella no se habia ganado, la campaña dirigida por el sagaz Wellington habia dado por resultado la destrucción del grande ejército de Massena, su expulsión de Portugal y el descrédito de uno de los primeros mariscales de la Francia. Añadamos tambien el asombro de Napoleón, harto avezado á la victoria para que no le admirase la fatal estrella que guiaba á sus mejores soldados en el reino lusitano.